

MIRET MAGDALENA

¿HACIA UNA IGLESIA DEMOCRÁTICA?

que leer los periódicos y revistas católicas de cualquier país.

Ayer fue el III Congreso Mundial de Apostolado de los Seglares. Hoy es el discurso del doctor Vittorino Veronese a la Asamblea Episcopal Italiana. En el fondo, en todos palpita la misma inquietud que conduce a una profunda transformación de mentalidades y de estructuras.

En ese Congreso Mundial, celebrado en Roma en octubre, nos recuerda Veronese que se pretendía —como pretendemos la mayoría de los cristianos— «asociar a los laicos, de manera efectiva y responsable, a la elaboración de las orientaciones y programas relativos a la misión de la Iglesia».

Pero para ello se necesitan canales que hagan eficaz esta colaboración, y la resguarden de caprichos personales o de criterios negativos por parte de los que mandan, sobre todo, porque fácilmente pueden sentirse tentados de ahogar cualquier iniciativa.

Hay quien dice, por eso, que es preciso **democratizar** a la Iglesia. Otros piensan ir más allá y pretenden una Iglesia con una estructura jurídica democrática, a semejanza de las instituciones civiles que así se denominan: senado, parlamento y gobierno.

En Estados Unidos, el teólogo católico G. Tavaud acaba de anunciar que allí se va hacia una Iglesia «democrática».

Los más progresistas se inclinarán, sin duda, por esta segunda postura, que les parece más abierta y más flexible; en una palabra, su tono más **izquierdista** les atrae profundamente.

Sin embargo, todo este **acelerado** cambio de mentalidad, sentimientos y manera de actuar —síntoma de nuestra época, como recuerda el Concilio— nos debe llevar a una actitud profunda que evite los peligros y defectos negativos manifestados en esta actitud.

Unos pocos ejemplos nos harán reflexionar.

Estados Unidos es un país lleno de contrastes superficiales. Antes del Concilio, Norteamérica gozaba —o sufría— de un catolicismo rutinario, rígido y extremadamente conservador. Los Obispos eran una especie de poderosos señores feudales. No en balde, el catolicismo estadounidense estaba gobernado por clérigos irlandeses, los más rígidos y retrógrados del catolicismo de nuestra época.

Hoy, sin embargo, estamos asistiendo a un espectáculo tan sorprendente como el de los fuegos artificiales, contemplados por primera vez por un niño en una serena noche de verano. La calma de esas horas tranquilas y silenciosas se ve, de repente, interrumpida por el estruendoso sonar de luces multicolores que sobrecogen y paralizan a los espíritus infantiles. Igual está ocurriendo en la Iglesia de América. Los espectadores —creyentes de otras confesiones o no creyentes— se asombran de ver lo que ocurre.

Unos le llaman a esto anarquía; otros, en cambio, dicen que la Iglesia se democratiza y que, por eso, el seglar comienza a tener el puesto que le corresponde. La verdad es que nos encontramos con una sociedad en fermentación; pero fermentación de una sociedad religiosa que, poco a poco, va perdiendo sus duros lazos jurídicos para hacerse cada vez más flexible, pastoral y comunitaria.

Pero, como es natural, este proceso no ocurre sin crisis chocantes, tanto en lo exterior como en lo interior.

En gran número de diócesis americanas funcionan «parroquias clandestinas», donde se celebran misas bajo nuevos ritos más sencillos y vitales.

Algunos Obispos prohíben nerviosamente estas manifestaciones de libre vitalidad, porque se olvidan que no estamos ya en el período de las condenaciones.

Otras veces se inventan misas «ecuménicas», en las cuales católicos y protestantes participan.

A veces son padres católicos quienes ensayan una nueva liturgia bautismal, inventada por ellos con motivo de un nuevo nacimiento.

En otras ocasiones se crea un «Instituto para la libertad en la Iglesia», algo así como una especie de Santo Oficio al revés,

En España —y en todo el mundo católico— se está produciendo un gran cambio en el pueblo que cree —clérigos y laicos—. No hace falta más

que pretende descubrir y desvelar públicamente cualquier infracción contra los derechos humanos, la justicia elemental o la libertad de los hombres, denunciando incluso a los dirigentes de la Iglesia que incurran en estos fallos.

Los sacerdotes han llegado también a crear en algunas diócesis **Asociaciones Profesionales** para defender sus intereses. Y los clérigos que se secularizan intentan formar una **Liga de ex sacerdotes**, porque hasta en la sociedad americana tienen dificultades para insertarse como un ciudadano cualquiera después de tomar esa grave determinación.

Los Obispos no sólo condenan —como el Cardenal McIntyre, en Los Angeles—, sino que también toleran o aprueban algunos de estos ensayos. Varios de ellos permitieron —por ejemplo— la formación de «parroquias» que no son territoriales, sino que pretenden agrupar libremente a aquellos católicos de vanguardia que se sienten a disgusto en unas estructuras eclesísticas excesivamente rutinarias. Y también hay prelados que autorizan los «sindicatos» profesionales de clérigos.

Incluso el Obispo de Charleston, Monseñor England, preparó —poco antes de morir— una asamblea anual donde estuvieran representados un amplio número de seglares, para examinar la gestión de los asuntos espirituales y materiales de la diócesis.

Con mayor o menor acierto, Norteamérica está asistiendo a una afluencia del «espíritu democrático», que, según Veronese, es lo que le corresponde a la Iglesia católica, si bien podría discutirse la forma ingenua de varios de estos ensayos nuevos.

La razón de todo ello es que la Iglesia, más que una sociedad organizada con profusión burocrática, es una comunidad —o comunidades— de vida, enlazadas entre sí por el vínculo del amor. Por esta causa se puede afirmar que «la democracia, en cuanto estructura y principio jurídico, no es aplicable a la Iglesia»; pero «lo mismo puede decirse de la aristocracia, la oligarquía o la anarquía». La Iglesia es una comunidad «sui generis», que debe estar impregnada de espíritu democrático.

Nuestro anhelo para el futuro debe ser congregar comunitariamente a todos los fieles que sienten espontáneamente la necesidad de estar unidos en una misma creencia en el Amor, que es el descubrimiento básico que hizo el Evangelio, y la sellan con un banquete amistoso donde se hace presente el fundador del cristianismo.

Y «si algún riesgo existe, éste disminuirá en la medida en que aumente el margen dejado a la libre expresión, franca y responsable de la presencia del laicado en cuanto parte integrante del pueblo de Dios», como asegura el moderado Veronese.

El planteamiento es exacto: no queremos una sociedad profusamente organizada, aunque sea inspirándose en el modelo democrático, sino que preferimos una comunidad sencilla, sin pretensiones ni complicaciones exageradas, mantenida por un sincero espíritu democrático.

No queremos ni la pirámide clerical en la que todo venía de arriba y nada de abajo; ni tampoco una amplia estructura jurídica muy modernizada, que hoy estaría de actualidad, pero que mañana se habría quedado anticuada. Porque, en último extremo, esta Iglesia así no sería nada más que el efecto de un oportunismo teñido de sutil **neo-clericalismo**, ya que si antes se nos gobernaba con ideas de derechas, hoy se nos llevaría en forma paternalista, aunque coloreada de izquierdas.

Queremos que el cristianismo y los cristianos sean de izquierdas, eso sí. Avanzados, sociales, dinámicos; pero sin pretensiones de dominio, de opresión ni de privilegio.

Queremos que la estructura jerárquica de la Iglesia se asemeje más —en su aspecto humano— al sencillo modelo evangélico, sin complicaciones administrativas excesivas, por democráticas que se manifiesten.

Deseamos una autoridad que sea servicio y ministerio de amor —como quería Pablo VI—; apoyando sus pies en la realidad de todos los días; viviendo en común los problemas del mundo actual con cualquier cristiano, por sencillo que sea. Donde todo el mundo tenga —dentro de su función— una voz y una corresponsabilidad.